

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año XLIX, número 2 (2.498)

Ciudad del Vaticano

13 de enero de 2017

Ante la Jornada mundial del refugiado el Pontífice dará voz a los migrantes en las redes sociales

Por una cultura de la misericordia

Y pidió que nadie mire al otro con indiferencia

Con ocasión de la 103ª Jornada mundial del migrante y de los refugiados, el próximo 15 de enero de 2017, la Sección Migrantes y Refugiados del nuevo dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral lanza su primera campaña mediática de sensibilización sobre las cuestiones de su competencia. En el mensaje de Francisco para la jornada de este año señala que «muy a menudo, los niños llegan solos a los países de destino y no siendo capaces de hacer escuchar la propia voz se vuelven fácilmente víctimas de graves violaciones de los derechos humanos». Según datos del Ministerio de Interior italiano, los inmigrantes menores de edad no acompañados que llegaron a las costas italianas en 2016 huyendo de sus países fueron 25.846, el doble que en 2015. La Convención sobre los Derechos del Niño fue aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1989; en ella se reconocen al niño los derechos fundamentales de toda persona humana. Uno de los derechos más importantes de la infancia es el derecho a ser protegidos por la sociedad y el Estado cuando se encuentran en situación de vulnerabilidad. Los artículos 20, 22, 34, 35, 36 y 37 de la mencionada Convención obligan a los gobiernos de los Estados a tomar medidas para proteger a los niños de la violencia, de toda clase de explotación, de la trata de personas y de todo aquello que pueda dañar su desarrollo humano integral. Las leyes internacionales y nacionales son muy claras respecto a la protección de los menores frente a toda agresión. Recientemente Europol alertó sobre el desconocimiento del paradero de 10.000 menores refugiados. Los expertos en migración sostienen que algunos acaban en manos de mafias y muchos otros huyen de la tutela estatal ante la tardanza del proceso de asilo y la imposibilidad de poder trabajar. A la dureza de la travesía y el riesgo de morir ahogado (el 30% de los fallecidos en el Egeo eran menores) se une la amenaza de ser víctimas del tráfico de personas o explotación, alerta la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Además, una vez que han logrado llegar a su destino, algunos menores desconocen sus derechos o no quieren ejercerlos. Recordemos lo que el Papa Francisco afirma en la Encíclica *Laudato si'*: «Las crisis económicas internacionales han mostrado con crudeza los efectos dañinos que trae aparejado el desconocimiento de un destino común, del cual no pueden ser excluidos quienes vienen detrás de nosotros. Ya no puede hablarse de desarrollo sostenible sin una solidaridad intergeneracional». (Ls 159)



Una visita al Papa



Al finalizar su audiencia semanal, ante más de seis mil personas congregadas en el Aula Pablo VI. El Papa Francisco manifestó, mientras sostenía en su mano derecha uno de los billetes de entrada a su audiencia, realizado por la Prefectura de la Casa Pontificia y de color rojo que: «Para venir a estas audiencias existen los billetes de entrada. Y está escrito en seis idiomas, que el acceso es del todo gratuito», indicó. Aclaró que para acceder a la audiencia, sea en el Aula Pablo VI o en la Plaza de San Pedro, no se debe pagar porque se trata de una visita gratuita «al Papa, para hablar con el Papa, con el obispo de Roma».

*Entrevista al cardenal Baldisseri*La exhortación *Amoris laetitia* prepara el sínodo

PÁGINA 5

Discurso ante el cuerpo diplomático

Construir sociedades acogedoras y seguras

PÁGINAS 6-9

Audiencia general

Ciclo de catequesis sobre la esperanza cristiana

PÁGINA 12

Hacer crecer la fe

En la festividad del Bautismo del Señor, 8 de enero, el Papa Francisco presidió la santa misa en la Capilla Sixtina, durante la cual administró el sacramento del bautismo a 28 recién nacidos, 15 niños y 13 niñas. Publicamos a continuación la homilía del Papa.

Queridos padres,

Vosotros habéis pedido para vuestros niños la fe, la fe que será dada en el Bautismo. La fe: eso significa vida de fe, porque la fe es vivida; caminar por el camino de la fe y dar testimonio de la fe. La fe no es recitar el «Credo» el domingo, cuando vamos a misa: no es solo esto. La fe es creer lo que es la Verdad: Dios Padre que ha enviado a su Hijo y al Espíritu que nos vivifica. Pero la fe es también encomendarse a Dios, y esto vosotros se lo tenéis que enseñar a ellos, con vuestro ejemplo, con vuestra vida.

Y la fe es luz: en la ceremonia del Bautismo se os dará una vela encendida, como en los primeros tiempos de la Iglesia. Y por esto el Bautismo, en esos tiempos, se llamaba «iluminación», porque la fe ilumina el corazón, hace ver las cosas con otra luz. Vosotros habéis pedido la fe: la Iglesia da la fe a vuestros hijos con el Bautismo, y vosotros tenéis el deber de hacerla crecer, cuidarla, y que se convierta en testimonio para todos los demás. Este es el sentido de esta ceremonia. Y solamente quería decir esto: cuidar la fe, hacerla crecer, que sea testimonio para los demás.

Y después... ¡ha comenzado el concierto! [los niños lloran]: es porque los niños se encuentran en un lugar que no conocen, se han despertado antes de lo normal. Comienza uno, da la nota y después otros «imitan»... Algunos lloran solamente porque ha llorado el otro... Jesús hizo lo mismo, ¿sabéis? A mí me gusta pensar que la primera predicación de Jesús en el establo fue un llanto, la primera... Y después, como la ceremonia es un poco larga, alguno llora por hambre. Si es así, vosotras madres amamantadles también, sin miedo, con toda normalidad. Como la Virgen amamantaba a Jesús...

No olvidéis: habéis pedido la fe, a vosotros la tarea de cuidar la fe, hacerla crecer, que sea testimonio para todos nosotros, para todos nosotros: también para nosotros sacerdotes, obispos, todos. Gracias



Durante el Ángelus el Papa recuerda a las personas que viven en la calle

Entre el frío y la indiferencia

A mediodía del 8 de enero, Fiesta del Bautismo del Señor, después de haber presidido en la Capilla Sixtina la Santa Misa al interno de la cual el Santo Padre administró el sacramento del Bautismo a un grupo de 28 neonatos, Francisco se asomó a la ventana de su despacho del Palacio Apostólico para rezar el Ángelus con los fieles y peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, el Evangelio (Mt 3, 13-17) nos presenta el episodio ocurrido a orillas del río Jordán: en medio de la muchedumbre penitente que avanza hacia Juan Bautista para recibir el Bautismo también se encuentra Jesús —hacia fila—. Juan querría impedirlo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti» (Mt 3, 14). En efecto, el Bautista es consciente de la gran distancia que hay entre él y Jesús. Pero Jesús vino precisamente para colmar la distancia entre el hombre y Dios: si Él está completamente de parte de Dios también está completamente de parte del hombre, y reúne aquello que estaba dividido. Por eso pide a Juan que le bautice, para que se cumpla toda justicia (cf. v. 15), es decir, se realice el proyecto del Padre, que pasa a través de la vía de la obediencia y de la solidaridad con el hombre frágil y pecador, la vía de la humildad y de la plena cercanía de Dios a sus hijos. ¡Porque Dios está muy cerca de nosotros, mucho!

En el momento en el que Jesús, bautizado por Juan, sale de las aguas del río Jordán, la voz de Dios Padre se hace oír desde lo alto: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (v. 17). Y al mismo tiempo el Espíritu Santo, en forma de paloma, se posa sobre Jesús, que da públicamente inicio a su misión de salvación; misión caracterizada por un estilo, el estilo del siervo humilde y dócil, dotado sólo de la fuerza de la verdad, como había

profetizado Isaías: «no vociferará ni alzaré el tono, [...] la caña quebrada no partirá, y la mecha mortecina no apagaré. Lealmente hará justicia» (42, 2-3). Siervo humilde y manso, he aquí el estilo de Jesús, y también el estilo misionero de los discípulos de Cristo: anunciar el Evangelio con docilidad y firmeza, sin gritar, sin regañar a alguien, sino con docilidad y firmeza, sin arrogancia o imposición. La verdadera misión nunca es proselitismo sino atracción a Cristo. ¿Pero cómo? ¿Cómo se hace esta atracción a Cristo? Con el propio testimonio, a partir de la fuerte unión con Él en la oración, en la adoración y en la caridad concreta, que es servicio a Jesús presente en el más pequeño de los hermanos. Imitando a Jesús, pastor bueno y misericordioso, y animados por su gracia, estamos llamados a hacer de nuestra vida un testimonio alegre que ilumina el camino, que lleva esperanza y amor.

Esta fiesta nos hace redescubrir el don y la belleza de ser un pueblo de bautizados, es decir, de pecadores —todos lo somos— de pecadores salvados por la gracia de Cristo, insertos realmente, por obra del Espíritu Santo, en la relación filial de Jesús con el Padre, acogidos en el seno de la madre Iglesia, hechos capaces de una fraternidad que no conoce confines ni barreras.

Que la Virgen María nos ayude a todos nosotros cristianos a conservar una conciencia siempre viva y agradecida de nuestro Bautismo y a recorrer con fidelidad el camino inaugurado por este Sacramento de nuestro renacimiento. Y siempre humildad, docilidad y firmeza.

Después de la oración mariana y de haber invitado a rezar por los nuevos bautizados y sus familias, así como las de los padres que se están preparando para el bautismo de sus hijos, el Papa quiso recordar a las personas que viven por la calle y no han sobrevivido a estos glaciales días.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Dentro del contexto de la fiesta del Bautismo del Señor, esta mañana he bautizado a un buen grupo de neonatos: 28. Recemos por ellos y sus familias. También ayer por la tarde bauticé a un joven catecúmeno. Y querría incluir en mis oraciones a todos los padres que en este periodo se están preparando para el bautismo de su hijo, o lo acaban de celebrar. Invoco al Espíritu Santo sobre ellos y sobre los niños, para que este Sacramento, tan sencillo y al mismo tiempo tan importante, sea vivido con fe y alegría.

Además querría invitarlos a que os unáis a la Red Mundial de Oración del Papa, que difunde, también a través de las redes sociales, las intenciones de oración que propongo cada mes a toda la Iglesia. Así se lleva adelante el apostolado de la oración y se hace crecer la comunión.

Durante estos días de tanto frío pienso y os invito a pensar en todas las personas que viven por la calle, golpeadas por el frío y muchas veces por la indiferencia. Desgraciadamente, algunos no lo han conseguido. Recemos por ellos y pidamos al Señor que nos caliente el corazón para poder ayudarlos.

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos italianos y de varios países, en particular al grupo de jóvenes de Cagliari, a quienes animo a seguir por el camino iniciado con el Sacramento de la Confirmación. Y les doy las gracias porque me ofrecen la ocasión de subrayar que la Confirmación no es sólo un punto de llegada, como dicen algunos, el «sacramento del adiós», ¡no! es sobre todo un punto de partida en la vida cristiana. ¡Adelante, con la alegría del Evangelio!

Deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y adiós!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
redactor jefe de la edición

Redacción
vía del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

don Sergio Pellini S.D.B.
director general

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.system@ilsol24.ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 38,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Occidente: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 35; fax + 52 55 2308 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Argentina: Arzobispado de Mercedes-Luján; calle 24, 735, 6600 Mercedes (B), Argentina; teléfono y fax + 2324 428 102/432 412; e-mail: osservatoreargentina@yahoo.com.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Los Magos lograron ver lo que el cielo les mostraba porque había en ellos una inquietud que les impulsaba

Con el corazón abierto al horizonte

A la «santa nostalgia de Dios» el Papa ha dedicado la homilía de la misa celebrada en la basílica vaticana el viernes 6 de enero por por la mañana, solemnidad de la Epifanía.

«¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella y hemos venido a adorarlo» (Mt 2, 2).

Con estas palabras, los magos, venidos de tierras lejanas, nos dan a conocer el motivo de su larga travesía: adorar al rey recién nacido. Ver y adorar, dos acciones que se destacan en el relato evangélico: vimos una estrella y queremos adorar.

Estos hombres vieron una estrella que los puso en movimiento. El descubrimiento de algo inusual que sucedió en el cielo logró desencadenar un sinfín de acontecimientos. No era una estrella que brilló de manera exclusiva para ellos, ni tampoco tenían un ADN especial para descubrirla. Como bien supo decir un padre de la Iglesia, «los magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino» (cf. San Juan Crisóstomo). Tenían el corazón abierto al horizonte y lograron ver lo que el cielo les mostraba porque había en ellos una inquietud que los empujaba: estaban abiertos a una novedad.

Los magos, de este modo, expresan el retrato del hombre creyente, del hombre que tiene nostalgia de Dios; del que añora su casa, la patria celeste. Reflejan la imagen de todos los hombres que en su vida no han dejado que se les anestesia el corazón.



La santa nostalgia de Dios brota en el corazón creyente pues sabe que el Evangelio no es un acontecimiento del pasado sino del presente. La santa nostalgia de Dios nos permite tener los ojos abiertos frente a todos los intentos reductivos y empobrecedores de la vida. La santa nostalgia de Dios es la memoria creyente que se rebela frente a tantos profetas de desventura. Esa nostalgia es la que mantiene viva la esperanza de la comunidad creyente la cual, semana a semana, implora diciendo: «Ven, Señor Jesús».

Precisamente esta nostalgia fue la que empujó al anciano Simeón a ir todos los días al templo, con la certeza de saber que su vida

no terminaría sin poder acunar al Salvador. Fue esta nostalgia la que empujó al hijo pródigo a salir de una actitud de derrota y buscar los brazos de su padre. Fue esta nostalgia la que el pastor sintió en su corazón cuando dejó a las noventa y nueve ovejas en busca de la que estaba perdida, y fue también la que experimentó María Magdalena la mañana del domingo para salir corriendo al sepulcro y encontrar a su Maestro resucitado. La nostalgia de Dios nos saca de nuestros encierros deterministas, esos que nos llevan a pensar que nada puede cambiar. La de Dios es la actitud que rompe aburridos conformismos e impulsa a comprometernos por ese cambio que anhelamos y necesitamos. La nostalgia de Dios tiene su raíz en el pasado pero no se queda allí: va en busca del futuro. Al igual que los magos, el creyente «nostálgico» busca a Dios, empujado por su fe, en los lugares más recónditos de la historia, porque sabe en su corazón que allí lo espera su Señor. Va a la periferia, a la frontera, a los sitios no evangelizados para poder encontrarse con su Señor; y lejos de hacerlo con una postura de superioridad lo hace como un mendicante que no puede ignorar los ojos de aquel para el cual la Buena Nueva es todavía un terreno a explorar.

Como actitud contrapuesta, en el palacio de Herodes —que distaba muy pocos kilómetros de Belén—, no se habían percatado de lo que estaba sucediendo. Mientras los magos caminaban, Jerusalén dormía. Dormía de la mano de un Herodes quien lejos de estar en búsqueda también dormía. Dormía bajo la anestesia de una conciencia cauterizada. Y quedó desconcertado. Tuvo miedo. Es el desconcierto que, frente a la novedad que revoluciona la historia, se encierra en sí mismo, en sus logros, en sus saberes, en sus éxitos. El desconcierto de quien está sentado sobre su riqueza sin lograr ver más allá. Un desconcierto que brota del corazón de quien quiere controlar todo y a todos. Es el desconcierto del que está inmerso en la cultura del ganar cueste lo que cueste; en esa cultura que sólo tiene espacio para los «vencedores» y al precio que sea. Un desconcierto que nace del miedo y del temor ante lo que nos cuestiona y pone en riesgo nuestras seguridades y verdades, nuestras formas de aferrarnos al mundo y a la vida. Y Herodes tuvo miedo, y ese miedo lo condujo a buscar seguridad en el crimen: «*Necas parvulos corpore, quia te necat timor in corde*» (San *Quodvultdeus*, *Sermo* 2 sobre el símbolo: PL, 40, 655). Matas los niños en el cuerpo porque a ti el miedo te mata el corazón.

Queremos adorar. Los hombres de Oriente fueron a adorar, y fueron a hacerlo al lugar propio de un rey: el Palacio. Y esto es importante, allí llegaron ellos con su búsqueda, era el lugar indicado: pues es propio de un rey nacer en un palacio, y tener su corte y súbditos. Es signo de poder, de éxito, de vida lograda. Y es de esperar que el rey sea venerado, temido y adulado, sí; pero no necesariamente amado. Esos son los esquemas mundanos, los pequeños ídolos a los que le rendimos culto: el culto al poder, a la apariencia y a la superioridad. Ídolos que sólo prometen tristeza, y esclavitud, miedo.



Y fue precisamente ahí donde comenzó el camino más largo que tuvieron que andar esos hombres venidos de lejos. Ahí comenzó la osadía más difícil y complicada. Descubrir que lo que ellos buscaban no estaba en el palacio sino que se encontraba en otro lugar, no sólo geográfico sino existencial. Allí no veían la estrella que los conducía a descubrir un Dios que quiere ser amado, y eso sólo es posible bajo el signo de la libertad y no de la tiranía; descubrir que la mirada de este Rey desconocido —pero deseado— no humilla, no esclaviza, no encierra. Descubrir que la mirada de Dios levanta, perdona, sana. Descubrir que Dios ha querido nacer allí donde no lo esperamos, donde quizá no lo queremos. O

«Los magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella sino que la vieron porque se habían puesto en camino»

donde tantas veces lo negamos. Descubrir que en la mirada de Dios hay espacio para los heridos, los cansados, los maltratados, y abandonados: que su fuerza y su poder se llama misericordia. Qué lejos se encuentra, para algunos, Jerusalén de Belén.

Herodes no puede adorar porque no quiso y no pudo cambiar su mirada. No quiso dejar de rendirse culto a sí mismo creyendo que todo comenzaba y terminaba con él. No pudo adorar porque buscaba que lo adorasen. Los sacerdotes tampoco pudieron adorar porque sabían mucho, conocían las profecías, pero no estaban dispuestos ni a caminar ni a cambiar.

Los magos sintieron nostalgia, no querían más de lo mismo. Estaban acostumbrados, habituados y cansados de los Herodes de su tiempo. Pero allí, en Belén, había promesa de novedad, había promesa de gratuidad. Allí estaba sucediendo algo nuevo. Los magos pudieron adorar porque se animaron a caminar y postrándose ante el pequeño, postrándose ante el pobre, postrándose ante el indefenso, postrándose ante el extraño y desconocido Niño de Belén, allí descubrieron la Gloria de Dios.

Dejarse guiar por la estrella que conduce a Jesús

En busca de la luz



Entre «las tantas estrellas fugaces en el mundo» el creyente está llamado a seguir «la estrella luminosa de Jesús»: lo dijo el Papa en el Ángelus de la Epifanía, recitado con los fieles en la plaza de San Pedro al finalizar la misa.

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

Hoy, celebramos la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación de Jesús que brilla como luz para todas las gentes. Símbolo de esta luz que resplandece en el mundo y quiere iluminar la vida de cada uno es la estrella, que guió a los Magos a Belén. Ellos, dice el Evangelio, vieron «su estrella» (Mt 2, 2) y decidieron seguirla: decidieron dejarse guiar por la estrella de Jesús.

También en nuestra vida existen diversas estrellas, luces que brillan y orientan. Depende de nosotros elegir cuáles seguir. Por ejemplo, hay luces intermitentes, que van y vienen, como las pequeñas satisfacciones de la vida: que aunque buenas, no son suficientes, porque duran poco y no

Querría decir a quien ha perdido la fuerza de buscar, está cansado, a quien, superado por las oscuridades de la vida, ha apagado el deseo «¡Levántate, ánimo!»

dejan la paz que buscamos. Después están las luces cegadoras del primer plano, del dinero y del éxito, que prometen todo y enseguida: son seductoras, pero con su fuerza ciegan y hacen pasar de los sueños de gloria a la oscuridad más densa. Los Magos, en cambio, invitan a seguir una luz estable, una luz amable, que no se oculta, porque no es de este mundo: viene del cielo y resplandece... ¿Dónde? En el corazón.

Esta luz verdadera es la luz del Señor, o mejor dicho, es el Señor mismo. Él es nuestra luz: una luz que no deslumbra, sino que acompaña y dona una alegría única. Esta luz es para todos y llama a cada uno: podemos escuchar así la actual invitación dirigida a nosotros por el profeta Isaías: «arriba, resplandece, que ha llegado tu luz» (60, 1). Así decía Isaías, profetizando esta alegría de hoy en Jerusalén:

«arriba, resplandece, que ha llegado tu luz». Al inicio de cada día podemos acoger esta invitación: arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, sigue hoy, entre tantas estrellas fugaces en el mundo, la estrella luminosa de Jesús! Siguiéndola, tendremos alegría, como ocurrió a los Magos, que «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2, 10); porque donde esta Dios hay alegría. Quien ha encontrado a Jesús ha experimentado el milagro de la luz que rasga las tinieblas y conoce esta luz que ilumina y aclara. Querría, con mucho respeto, invitar a todos a no tener miedo de esta luz y a abrirse al Señor. Sobre todo querría decir a quien ha perdido la fuerza de buscar, está cansado, a quien, superado por las oscuridades de la vida, ha apagado el deseo: «¡Levántate, ánimo, la luz de Jesús sabe vencer las tinieblas más oscuras; levántate, ánimo!».

Y ¿cómo encontrar esta luz divina? Sigamos el ejemplo de los Magos, que el Evangelio describe siempre en movimiento. Quien quiere la luz, efectivamente, sale de sí y busca: no permanece cerrado, quieto a ver qué cosa sucede al su alrededor, sino pone en juego su propia vida; sale de sí. La vida cristiana es un camino continuo, hecho de esperanza, hecho de búsqueda; un camino que, como aquel de los Magos, prosigue incluso cuando la estrella desaparece momentáneamente de la vista. En este camino hay también insidias que hay que evitar: las charlas superficiales y mundanas, que frenan el paso; los caprichos paralizantes del egoísmo; los agujeros del pesimismo, que atrapa a la esperanza. Estos obstáculos bloquearon a los escribas, de los que habla el Evangelio de hoy. Ellos sabían dónde estaba la luz, pero no se movieron. Cuando Herodes les pregunto: «¿Dónde nacerá el Mesías?» — «¡En Belén!». Sabían dónde, pero no se movieron. Su conocimiento fue en vano: sabían muchas cosas, pero para nada, todo en vano. No basta saber que Dios ha nacido, si no se hace con Él Navidad en el corazón. Dios ha nacido, sí, pero ¿Ha nacido en tu corazón? ¿Ha nacido en mi corazón? ¿Ha nacido en nuestro corazón? Y así le encontraremos, como los Magos, con María, José, en el establo.

Los Magos lo hicieron: encontraron al Niño, «postrándose, le adoraron» (v. 11). No le miraron solamente, dijeron solo una oración circunstancial y se fueron, no, sino que le adoraron: entraron en una comunión personal de amor con Jesús. Después

le regalaron oro, incienso y mirra, es decir, sus bienes más preciados. Aprendamos de los Magos a no dedicar a Jesús sólo los ratos perdidos de tiempo y algún pensamiento de vez en cuando, de lo contrario no tendremos su luz. Como los Magos, pongámonos en camino, revistámonos de luz siguiendo la estrella de Jesús, y adoremos al Señor con todo nuestro ser.

Después de la oración mariana el Papa quiso felicitar a las comunidades eclesiales de Oriente que celebraban la Navidad en ese periodo según el calendario juliano y dedicó unas palabras de ánimo a los niños y jóvenes que se esfuerzan en llevar el Evangelio y ayudar a sus coetáneos.

Mañana las comunidades eclesiales de Oriente que siguen el Calendario Juliano celebran la Santa Navidad. Con el espíritu de alegre fraternidad deseo que el nuevo nacimiento del Señor Jesús les llene de luz y de paz.

La Epifanía es la Jornada de la Infancia Misionera. Animo a todos los niños y jóvenes que en muchas partes del mundo se esfuerzan en llevar el Evangelio y ayudar a sus coetáneos con dificultades. Saludo a los que hoy han venido aquí desde Lazio, Abruzzo y Molise, y doy las gracias a la Pontificia Obra de la Infancia Misionera por este servicio educativo vuestro.

Saludo a los participantes en el cortejo histórico-folclórico, que este año está de-

La vida cristiana es un camino continuo hecho de esperanza, hecho de búsqueda un camino que, como aquel de los Magos prosigue incluso cuando la estrella desaparece

dicado a las tierras de Umbría meridional y que se propone difundir los valores de solidaridad y fraternidad. Saludo a los grupos venidos desde Malta, California y Polonia; e incluyo en mi bendición a los participantes del gran Cortejo de los Reyes Magos que tiene lugar en Varsovia con tantas familias y niños.

Los Magos ofrecen a Jesús sus regalos, pero en realidad Jesús mismo es el verdadero don de Dios: Él, efectivamente es el Dios que se dona a nosotros, en Él nosotros vemos el rostro misericordioso del Padre que nos espera, nos acoge, nos perdona siempre; el rostro de Dios que no nos trata nunca según nuestras obras o según nuestros pecados, sino únicamente según la inmensidad de su inagotable misericordia. Y hablando de dones, también yo he pensado haceros un pequeño regalo... faltan los camellos, pero os daré el regalo. El librito «iconos de misericordia». El don de Dios es Jesús, misericordia del Padre; y por esto, para recordar este don de Dios, os daré este don que os será distribuido por los pobres, por los sin techo y por los refugiados junto a muchos voluntarios y religiosos a quienes saludo cordialmente y agradezco de corazón.

Os deseo un año de justicia, de perdón, de serenidad pero sobre todo un año de misericordia. Os ayudará leer este libro: es de bolsillo, podéis llevarlo con vosotros.

Por favor, no os olvidéis de hacerme también vosotros el don de vuestra oración. Que el Señor os bendiga. Feliz fiesta, ¡buen almuerzo y adiós!

NICOLA GORI

«Hay un vínculo de unión entre el reciente sínodo sobre la familia y el próximo dedicado a los jóvenes». Lo explica el cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo de los obispos, en la vigilia de la presentación del documento preparatorio de la asamblea sinodal que se celebrará en octubre de 2018 sobre el tema: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». En esta entrevista al Osservatore Romano, el purpurado hace un primer balance de la aplicación de la *Amoris laetitia*, subrayando que el documento ha gozado de amplísimo consenso y revelando la continuidad con el sínodo sobre los jóvenes, centrada en tres palabras clave: alegría, discernimiento, acompañamiento.

¿Qué balance se puede hacer en la aplicación de la *Amoris laetitia* a casi un año de su promulgación?

Esta Secretaría general, el 12 mayo pasado, precisamente un mes después de la publicación de *Amoris laetitia*, envió a las conferencias episcopales de todo el mundo y también a los obispos una carta para pedir informaciones sobre la forma en la que la exhortación apostólica postsinodal era recibida en los distintos países y al mismo tiempo para conocer las iniciativas emprendidas para su aplicación. Ya han llegado numerosas respuestas y continúan llegando. De las informaciones recibidas puedo afirmar en primer lugar que *Amoris laetitia* ha suscitado inmenso interés en la comunidad eclesial y en el mundo entero, con una acogida muy positiva y un amplísimo consenso, un verdadero don hecho a la Iglesia y a la humanidad. La aplicación se está realizando a diversos niveles. La publicación del documento, como se sabe, fue en el pasado mes de abril y se ha podido constatar desde ese momento cómo se están organizando encuentros, congresos, seminarios para el estudio y para su profundización en todo el mundo. Yo mismo he sido invitado a participar en distintas de estas iniciativas, tanto en Italia como en otros países. He tenido conferencias, encuentros de presentación del documento, informes sobre el desarrollo del sínodo y su relación con *Amoris laetitia*. Puedo decir, por tanto, que soy un testigo directo de la atención y del compromiso con el que los obispos miran a la exhortación apostólica, centrando la pastoral en los valores de la familia y cuidando encarnar de la mejor forma posible las indicaciones, las sugerencias, las propuestas que en ella están contenidas.

En concreto, ¿cómo se han movido los episcopados?

Muchos obispos se han reunido con su presbiterio para reflexionar en profundidad acerca de los argumentos y las temáticas que se encuentran en las palabras del Papa Francisco. Distintos episcopados han dado indicaciones concretas sobre



Entrevista con el cardenal Lorenzo Baldisseri

La exhortación *Amoris laetitia* prepara el sínodo

las modalidades de aplicación de lo que el texto propone, en particular de cuanto se dice en el capítulo sexto, sobre las perspectivas pastorales, y en el capítulo octavo, que se refiere al acompañamiento, el discernimiento y la integración de las personas que viven en situaciones de fragilidad. Están implicadas en este trabajo pastoral familias, matrimonios, jóvenes, asociaciones, movimientos. Se encuentra una amplia producción de guías y materiales informativos de todo tipo para facilitar la comprensión y la difusión del documento.

Por tanto, ¿la pastoral familiar de las diócesis ha conseguido recibir el espíritu del Sínodo sobre la familia?

Puedo decir que en muchas diócesis la recepción de *Amoris laetitia*, en la que se refleja el espíritu del Sínodo, es positiva y propositiva y se encuentran ya los beneficios. Está convirtiéndose en un instrumento formidable de renovación pastoral, como por otro lado era el deseo de los padres sinodales y del Papa. Se está captando el sentido profundo del documento, que quiere estar en la continuidad de una renovación de la pastoral familiar. De hecho, un gran número de sacerdotes y de trabajadores pastorales se sienten alentados por la invitación del Papa Francisco a una reflexión realista y creativa del punto de vista pastoral de los contenidos del documento.

¿Cómo se ha implicado a las familias?

Teniendo presente sobre todo cuanto se afirma en los capítulos cuarto y quinto sobre el amor en el matrimonio y en el capítulo séptimo sobre la educación de los hijos, se ha comenzado a pensar y a programar itinerarios de formación para la preparación al matrimonio que van más allá de los encuentros «oficiales» previstos para las parejas que deciden casarse; se han propuesto

encuentros de acompañamiento para las jóvenes parejas; se ha hecho un esfuerzo para incluir cada vez a más a parejas expertas en la tarea de acercar y acompañar a otras parejas que experimentan momentos de crisis en su relación. En algunas parroquias han nacido grupos en los cuales familias enteras se reúnen periódicamente para rezar juntos, contarse las propias experiencias, compartir los muchos momentos que experimentan en la vida cotidiana, consultarse sobre las dificultades que viven para ayudarse recíprocamente y buscar juntos pistas de solución a los problemas. Cierto, estamos sólo al inicio. El campo de las posibilidades sobre la acción pastoral es muy vasto y los nueve meses transcurridos desde la publicación de la exhortación apostólica son un tiempo demasiado breve para individualizar y realizar todas las potencialidades en ella contenidas. Pero en todos existe la percepción de que es necesario un diverso y renovado esfuerzo para sostener a la familia en su cotidianidad; un esfuerzo hecho de acogida, cercanía, acompañamiento, compartir eventos bonitos y fatigas. Son estas, indicaciones eficaces sobre las modalidades en las cuales vivir la alegría del amor.

¿Qué se puede responder a quien solicita ulteriores aclaraciones sobre las indicaciones pastorales de la exhortación apostólica?

Se han proporcionado ya diversas respuestas. Se han expresado también personas competentes por su función y autoridad. Se trata ante todo de proceder con la finalidad de reforzar la familia y de asegurar la estabilidad del matrimonio y la serenidad de la vida familiar. Además es importante presentar la belleza del matrimonio cristiano también a quien no vive la unión sacramental. Allí donde se encuentra en presencia de personas que vienen de una unión fallida, es necesario saber dis-

tinguir las situaciones, las responsabilidades y las actitudes que esas personas toman con el objetivo de proceder gradualmente a una mayor integración en la comunidad eclesial. A tal propósito es indispensable un discernimiento atento y apropiado para cada persona, siendo capaces de integrar adecuadamente la relación entre la norma y la conciencia. No pienso que sea necesario añadir nada más, sino reiterar que todas las respuestas requeridas están contenidas ya en el texto de la misma exhortación apostólica.

¿Hay una continuidad entre la exhortación *Amoris laetitia* y el próximo sínodo dedicado a los jóvenes?

Amoris laetitia ha indicado la belleza y la fuerza de la familia, su capacidad de respuesta a las inquietudes presentes en el corazón del hombre, la importancia de su papel en la sociedad. Uno de los objetivos principales del próximo sínodo es el de ayudar a los jóvenes a aprender a discernir en qué modo concreto puede llevarse a cabo la realización plena de su vida, para que puedan disfrutar de la alegría del amor. La mayor parte de los jóvenes se orientan con la elección de construir una familia. Para que su elección corresponda lo más posible a su vocación es importante que tengan instrumentos adecuados para conocerse a sí mismos y para orientarse oportunamente en la elección de la pareja y en la comprensión de los elementos esenciales que permitirán a su futura familia tener las bases sólidas. Sin querer anticipar ni limitar la riqueza que emergerá del camino sinodal, pienso que se puede sintetizar la continuidad entre *Amoris laetitia* y el próximo sínodo a través de tres palabras que encontramos en la exhortación apostólica: alegría, discernimiento, acompañamiento.

¿Responde a una de las señalizaciones evidenciadas en el sínodo sobre la familia la elección de profundizar la relación entre los jóvenes y las elecciones vocacionales?

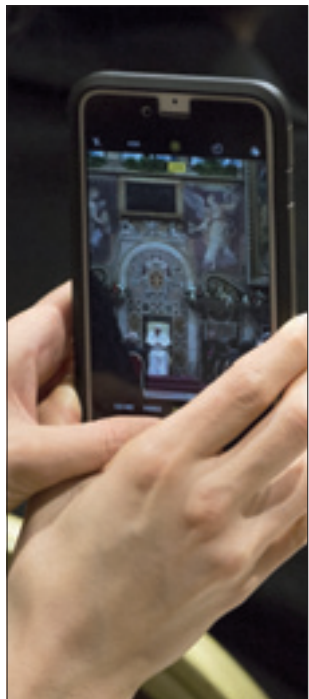
Es evidente una correlación entre jóvenes, elecciones vocacionales y familia. Cuando se habla de la familia no se puede no tener presente su momento constitutivo y, por lo tanto, la edad juvenil, que es aquella en la que cada uno formula un propio proyecto y se orienta hacia la elección del estado de vida. La *relatio finalis* de la asamblea sinodal de 2015 recordaba que «el deseo de familia permanece vivo en las jóvenes generaciones». Por supuesto, la vocación al matrimonio no es la única manera de realizar de manera alegre y auténtica la propia vida, pero es verdad que «muchos jóvenes siguen viendo el matrimonio como el gran ámbito de su vida y el proyecto de una familia propia como la realización de sus aspiraciones». La *Amoris laetitia* habla mucho de esta correlación y creo precisamente que el próximo sínodo lo convertirá en objeto de reflexión.

«La paz es un don, un desafío y un compromiso. Es esta la triple consigna encomendada por el Papa Francisco al cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede, durante la tradicional audiencia del inicio del año que tuvo lugar la mañana del lunes, 9 de enero, en la Sala Regia.



Excelencias, estimados Embajadores, Señoras y Señores:

Les doy la bienvenida y les agradezco su presencia tan numerosa y fiel a esta cita tradicional, que nos permite manifestar recíprocamente el deseo de que el año apenas iniciado sea para todos un tiempo de alegría, de prosperidad y de paz. Me dirijo con un sentimiento de especial reconocimiento al Decano del Cuerpo Diplomático, el Excelentísimo Señor Armando Fernandes do Espírito Santo Vieira, Embajador de Angola, por las deferentes palabras que me ha



dirigido en nombre de todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, que ha aumentado recientemente con el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la República Islámica de Mauritania, hace apenas un mes. Deseo igualmente agradecer a los numerosos Embajadores residentes en la Urbe, cuyo número ha aumentado a lo largo del último año, así como a los Embajadores no residentes, que con su presencia en el día de hoy pretenden subrayar los vínculos de amistad que unen a sus pueblos con la Santa Sede. Igualmente, quiero dirigir de modo especial un mensaje de pesame al Embajador de Malasia, recordando a su predecesor, Dato' Mohd Zulkhepli Bin Mohd Noor, fallecido el pasado mes de febrero.

Durante el año transcurrido, las relaciones entre sus Países y la Santa Sede han tenido ocasión de profundizarse aún más gracias a las cordiales visitas de numerosos Jefes de Estado y de Gobierno, a veces en concomitancia con los diversos encuentros que han marcado el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, recientemente concluido. Han sido también varios los Acuerdos bilaterales firmados o ratificados, unos de carácter general, dirigidos a reconocer el estatus jurídico de la Iglesia en la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, Benin y con Timor Oriental; otros de carácter más específico, como el Avenant firmado con Francia, o la Convención en materia fiscal con la República Italiana, que ha entrado recientemente en vigor, a los que hay que añadir el Memorandum de Acuerdo entre la Secretaría de Estado y el Gobierno de los Emiratos Árabes Unidos. Además, en línea con el compromiso de la Santa Sede de cumplir con las obligaciones asumidas en los acuerdos suscritos, se ha dado también la plena actuación al Comprehensive Agreement con el Estado de Palestina, que entró en vigor hace un año.

Estimados Embajadores.

Hace un siglo, el mundo se encontraba en medio del primer conflicto mundial. Una inútil matanza,¹ en la que las nuevas técnicas de combate sembraban muerte y causaban enormes sufrimientos a una población civil inermes. En 1917, el rostro del conflicto cambió profundamente, adquiriendo una fisonomía cada vez más mundial mientras surgían en el horizonte aquellos regímenes totalitarios que durante mucho tiempo fueron causa de lacerantes divisiones. Cien años después, muchas zonas del mundo pueden decir que se han beneficiado de prolongados periodos de paz, que han favorecido unas oportunidades de desarrollo económico y formas de bienestar sin precedentes. Si hoy para muchos la paz les parece de alguna



Al cuerpo diplomático el Papa Francisco recuerda que la paz es todavía hoy un milagro para millones de personas

Construir sociedades acogedoras y seguras

Y de nuevo condena con fuerza el terrorismo fundamentalista que abusa del nombre de Dios

manera un bien que se da por descontado, casi un derecho adquirido al que no se le presta demasiada atención, para demasiadas personas esa paz es todavía una simple ilusión lejana. Millones de personas viven hoy en medio de conflictos insensatos. Incluso en aquellos lugares que en otro tiempo se consideraban seguros se advierte un sentimiento general de miedo. Con frecuencia nos sentimos abrumados por las imágenes de muerte, por el dolor de los inocentes que imploran ayuda y consuelo, por el luto del que llora un ser querido a causa del odio y de la violencia, por el drama de los refugiados que escapan de la guerra o de los emigrantes que perecen trágicamente.

Por eso quisiera dedicar el encuentro de hoy al tema de la seguridad y de la paz, porque en el clima general de preocupación por el presente y de incertidumbre y angustia por el futuro, en el que nos encontramos inmersos, considero importante dirigir una palabra de esperanza, que nos señale también un posible camino para recorrer.

Hace tan sólo unos días hemos celebrado la 50ª Jornada Mundial de la Paz, instituida por mi predecesor el beato Pablo VI. «Como presagio y como promesa, al principio del calendario que mide y describe el camino de la vida en el tiempo, de que sea la Paz con su justo y benéfico equilibrio la que domine el desarrollo de la historia futuras»² Para los cristianos, la paz es un don del Señor, aclamada y cantada por los ángeles en el momento del nacimiento de Cristo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14). Es un bien positivo, «el fruto del orden asignado a la sociedad humana» por Dios y «no es la mera ausencia de la guerra».³ No se «reduce sólo al establecimiento de un equilibrio de las fuerzas adversarias»⁴ sino que más bien exige el compromiso de personas de buena voluntad «esdientes de una justicia más perfecta».⁵

En esa línea, manifiesto la viva convicción de que toda expresión religiosa está llamada a promover la paz. Lo he

podido experimentar de manera significativa en la Jornada Mundial de Oración por la Paz, que se celebró en Asís el pasado mes de septiembre, durante la cual los representantes de las diversas religiones se han encontrado para «dar voz a los que sufren, a los que no tienen voz y no son escuchados»⁶; así como en mi visita al Templo Mayor de Roma o a la Mezquita de Bakú.

Sabemos que se ha cometido violencia por razones religiosas, comenzando precisamente por Europa, donde las divisiones históricas entre cristianos han durado mucho tiempo. En mi reciente viaje a Suécia, quise recordar que tenemos una urgente necesidad de sanar las heridas del pasado y de caminar juntos hacia metas comunes. En la base de ese camino ha de estar el diálogo auténtico entre las diversas confesiones religiosas. Es un diálogo posible y necesario, como he tratado de atestiguar en el encuentro que he tenido en Cuba con el



Patriarca Cirilo de Moscú, así como en los viajes apostólicos a Armenia, Georgia y Azerbaiyán, donde he percibido la aspiración de aquellos pueblos a solucionar los conflictos que desde hace años perjudican la concordia y la paz.

Al mismo tiempo, no debemos olvidar las muchas iniciativas, inspiradas en la religión, que contribuyen, incluso a menudo con el sacrificio de los mártires, a la construcción del bien común por medio de la educación y la asistencia, sobre todo en las regiones más desfavorecidas y en las zonas de conflicto. Tales obras contribuyen a la paz y dan testimonio concreto de que, cuando se coloca en el centro de la propia actividad la dignidad de la persona humana, es posible vivir y trabajar juntos, a pesar de pertenecer a pueblos, culturas y tradiciones diferentes.

Desgraciadamente, somos conscientes de que todavía hoy, la experiencia religiosa, en lugar de abrirnos a los de-

más, puede ser utilizada a veces como pretexto para cerrazones, marginaciones y violencias. Me refiero en particular al terrorismo de matriz fundamentalista, que en el año pasado ha segado la vida de numerosas víctimas en todo el mundo: en Afganistán, Bangladesh, Bélgica, Burkina Faso, Egipto, Francia, Alemania, Jordania, Irak, Nigeria, Pakistán, Estados Unidos de América, Túnez y Turquía. Son gestos viles, que usan a los niños para asesinar, como en Nigeria; toman como objetivo a quien reza, como en la Catedral copta de El Cairo, a quien viaja o trabaja, como en Bruselas; a quien pasea por las calles de la ciudad, como en Niza o en Berlín, o sencillamente celebra la llegada del año nuevo, como en Estambul.

Se trata de una locura homicida que usa el nombre de Dios para sembrar muerte, intentando afirmar una voluntad de dominio y de poder. Hago por tanto un llamamiento a todas las autoridades religiosas para que unidos reafirmen con fuerza que nunca se puede matar en nombre de Dios. El terrorismo fundamentalista es fruto de una grave miseria espiritual, vinculada también a menudo a una considerable pobreza social. Sólo podrá ser plenamente vencido con la acción común de los líderes religiosos y políticos. A los primeros les corresponde la tarea de transmitir aquellos valores religiosos que no admiten una contraposición entre el temor de Dios y el amor por el prójimo. A los segundos les corresponde garantizar en el espacio público el derecho a la libertad religiosa, reconociendo la ésta comporta para la edificación de la sociedad civil, en donde la pertenencia social, sancionada por el principio de ciudadanía, y la dimensión espiritual de la vida no pueden ser concebidas como contrarias. A quien gobierna le corresponde, además, la responsabilidad de evitar que se den las condiciones favorables para la propagación de los fundamentalismos. Eso requiere adecuadas políticas sociales que combatan la pobreza, y que requieren de una sincera

valorización de la familia, como lugar privilegiado de la maduración humana, y de abundantes esfuerzos en el ámbito educativo y cultural.

En este sentido, acoco con interés la iniciativa del Consejo de Europa sobre la dimensión religiosa del diálogo intercultural, que el año pasado se ha centrado en el papel de la educación en la prevención de la radicalización, que conduce al terrorismo y al extremismo violento. Se trata de una oportunidad para profundizar en el papel que tiene el fenómeno religioso y la educación en la pacificación real del tejido social, necesaria para la convivencia en una sociedad multicultural.

A este respecto, deseo expresar la convicción de que la autoridad política no sólo debe garantizar la seguridad de sus propios ciudadanos concepto que puede ser fácilmente reducido al de un simple «vivir tranquilos», sino que también está llamada a ser verdadera promotora y constructora de paz. La paz es una «virtud activa», que requiere el compromiso y la cooperación de cada persona y de todo el cuerpo social en su conjunto. Como advertía el Concilio Vaticano II, «la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer»⁸ salvaguardando el bien de las personas y respetando su dignidad.



Construirla requiere en primer lugar renunciar a la violencia en la reivindicación de los propios derechos.⁹ Precisamente a este principio he dedicado el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2017, titulado: «La no violencia: un estilo de política para la paz», para recordar sobre todo cómo la no violencia es un estilo político basado en la primacía del derecho y de la dignidad de toda persona.

Construir la paz requiere también que «se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras»¹⁰ empezando por las injusticias. Existe, de hecho, una íntima relación entre la justicia y la paz.¹¹ «Pero, observaba san Juan Pablo II puesto que la justicia humana es siempre frágil e imperfecta, expuesta a las limitaciones y a los egoísmos personales y de grupo, debe ejercerse en un cierto modo compenetrado con el perdón, que cura las heridas y restablece en

profundidad las relaciones humanas truncadas (...). El perdón en modo alguno se contraponen a la justicia. [sino] tiende más bien a esa plenitud de la justicia que conduce a la tranquilidad del orden y que (...) pretende una profunda recuperación de las heridas abiertas. Para esta recuperación, son esenciales ambos, la justicia y el perdón».¹² Estas palabras, hoy más actuales que nunca, se han encontrado con la disponibilidad de algunos Jefes de Estado o de Gobierno para acoger mi invitación a tener un gesto de clemencia a favor de los encarcelados. A ellos, como también a quienes trabajan para crear condiciones de vida digna para los detenidos y favorecer su reinserción en la sociedad, deseo expresarles mi especial reconocimiento y gratitud.

Estoy convencido de que para muchos el Jubileo extraordinario de la Misericordia ha sido una ocasión particularmente propicia para descubrir también la «incidencia importante y positiva de la misericordia como valor social».¹³ Cada uno puede contribuir a dar vida a «una cultura de la misericordia, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos».¹⁴

Sólo así se podrán construir sociedades abiertas y hospitalarias para los extranjeros y, al mismo tiempo, seguras y pacíficas internamente. Esto es aún más necesario hoy en día en que siguen aumentando, en diferentes partes del mundo, los grandes flujos migratorios. Pienso sobre todo en los numerosos refugiados y desplazados en algunas zonas de África, en el Sudeste asiático y en aquellos que huyen de las zonas de conflicto en Oriente Medio.

El año pasado, la comunidad internacional se vio interpelada por dos importantes eventos convocados por las Naciones Unidas: la primera Cumbre Humanitaria Mundial y la Cumbre sobre los grandes Desplazamientos de Refugiados y Migrantes. Es necesario un compromiso común en favor de los inmigrantes, los refugiados y los desplazados, que haga posible el darles

Construir sociedades acogedoras y seguras



VIENE DE LA PÁGINA 6

una acogida digna. Esto implica saber conjugar el derecho de «cada hombre (...) a emigrar a otros países y fijar allí su domicilio»¹⁵ y, al mismo tiempo, garantizar la posibilidad de una integración de los inmigrantes en los tejidos sociales en los que se insertan, sin que éstos sientan amenazada su seguridad, su identidad cultural y sus propios equilibrios políticos y sociales. Por otra parte, los mismos inmigrantes no deben olvidar que tienen el deber de respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los países que los acogen.

Un enfoque prudente de parte de las autoridades públicas no comporta la aplicación de políticas de clausura hacia los inmigrantes,

Enemiga de la paz es una «visión reductiva» del hombre que abre el camino a la propagación de la iniquidad

sino que implica evaluar, con sabiduría y altura de miras, hasta qué punto su país es capaz, sin provocar daños al bien común de sus ciudadanos, de proporcionar a los inmigrantes una vida digna, especialmente a quienes tienen verdadera necesidad de protección. No se puede de ningún modo reducir la actual crisis dramática a un simple recuento numérico. Los inmigrantes son personas con nombres, historias y familias, y no podrá haber nunca verdadera paz mientras quede un solo ser humano al que se le vulnere la propia identidad personal y se le reduzca a una mera cifra estadística o a objeto de interés económico.

El problema de la inmigración es un tema que no puede dejar indiferentes a algunos países mientras que otros sobrellevan, a menudo con un esfuerzo considerable y graves dificultades, el compromiso humanitario de hacer frente a una emergencia que no parece tener fin. Todos deberían sentirse constructores y corresponsables del

bien común internacional, incluso a través de gestos concretos de humanidad, que son requisitos fundamentales para la paz y el desarrollo que naciones enteras y millones de personas siguen aún esperando. Por eso, estoy agradecido a todos los países que acogen generosamente a los necesitados, comenzando por algunas naciones europeas, especialmente Italia, Alemania, Grecia y Suecia.

Me quedará grabado para siempre el viaje que hice a la isla de Lesbos, junto a mis hermanos el Patriarca Bartolomé y el Arzobispo Jerónimo, donde vi y toqué con la mano la dramática situación de los campos de refugiados, así como la humanidad y el espíritu de servicio de muchas personas comprometidas en su asistencia. Tampoco se debe olvidar la hospitalidad ofrecida por otros países europeos y de Oriente Medio, como Líbano, Jordania y Turquía, así como el compromiso de diferentes países de África y Asia. También en mi viaje a México, donde pude experimentar la alegría del pueblo mexicano, me sentí cerca de los miles de inmigrantes centroamericanos que sufren terribles injusticias y peligros en su intento de alcanzar un futuro mejor, y que son víctimas de extorsión y objeto de ese despreciable comercio horrible forma de esclavitud moderna que es la trata de personas.

Enemiga de la paz es una «visión reductiva» del hombre, que abre el camino a la propagación de la iniquidad, las desigualdades sociales y la corrupción. Justo con relación a este último fenómeno, la Santa Sede ha asumido nuevos compromisos, depositando formalmente, el 19 de septiembre, el instrumento de adhesión a la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 31 de octubre de 2003.

En la encíclica *Populorum Progressio*, que este año celebra su cincuenta aniversario, el beato Pablo VI recordó cómo estas desigualdades provocan discordias. «El camino de la paz pasa por el desarrollo»¹⁶ que las autoridades públicas tienen la obligación de estimular y fomentar, creando las condiciones para una distribución más

equitativa de los recursos e incentivando oportunidades de trabajo, sobre todo para los más jóvenes. En el mundo hay todavía muchas personas, especialmente niños, que aún sufren por causa de una pobreza endémica y viven en situaciones de inseguridad alimentaria —más bien, de hambre mientras que los recursos naturales son objeto de la ávida explotación de unos pocos, desperdiciándose cada día enormes cantidades de alimentos.

Los niños y los jóvenes son el futuro, se trabaja y se construye para ellos. No podemos descuidarlos y olvidarlos egoístamente. Por esta razón, como he advertido recientemente en una carta enviada a todos los obispos, considero prioritaria la defensa de los niños, cuya inocencia ha sido frecuentemente rota bajo el peso de la explotación, del trabajo clandestino y esclavo, de la prostitución o de los abusos de los adultos, de los pandilleros y de los mercaderes de muerte.¹⁷ Durante mi viaje a Polonia, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, me encontré con miles de jóvenes llenos de entusiasmo y ganas de vivir. He visto, en cambio, el dolor y el sufrimiento de muchos otros.

Pienso en los chicos y chicas que sufren las consecuencias del terrible conflicto en Siria, privados de la alegría de la infancia y de la juventud: desde la posibilidad de jugar libremente a la oportunidad de ir a la escuela. A ellos, y a todo el querido pueblo sirio, dirijo constantemente mi pensamiento, a la vez que hago un llamamiento a la comunidad internacional para que trabaje con diligencia para poner en marcha una seria negociación, que ponga definitivamente fin a un conflicto que está provocando un verdadero desastre humanitario. Cada una de las par-

tes implicadas ha de tener como prioridad el respeto del derecho humanitario internacional, asegurando la protección de la población civil y la necesaria ayuda humanitaria. El deseo común es que la tregua que se ha firmado recientemente sea para todo el pueblo sirio un signo de la esperanza que tanto necesita.

En el mundo hay todavía muchas personas, especialmente niños, que aún sufren por causa de una pobreza endémica

que condiciona el debate sobre las armas nucleares.

También por lo que respecta a las armas convencionales, hay que señalar que la facilidad con la que a menudo se puede acceder al mercado de las armas, incluso las de pequeño calibre, además de agravar la situación en las diversas zonas de conflicto, produce una sensación muy extendida y generalizada de inseguridad y temor, que es más peligrosa en los momentos de incertidumbre social y de profunda transformación como el que vivimos.



La ideología, que se sirve de los problemas sociales para fomentar el desprecio y el odio y ve al otro como un enemigo que hay que destruir, es enemiga de la paz. Desafortunadamente, nuevas formas de ideología aparecen constantemente en el horizonte de la humanidad. Haciéndose pasar por portadoras de beneficios para el pueblo, dejan en cambio detrás de sí pobreza, divisiones, tensiones sociales, sufrimiento y con frecuencia incluso la muerte. La paz, sin em-

bar, es enemiga de la paz. La paz, sin embargo, requiere también que se hagan esfuerzos para erradicar el despreciable tráfico de armas y la con-



bargo, se conquista con la solidaridad. De ella brota la voluntad de diálogo y de colaboración, del que la diplomacia es un instrumento fundamental. La misericordia y la solidaridad es lo que mueve a la Santa Sede y a la Iglesia Católica en su compromiso decidido por solucionar los conflictos o seguir los procesos de paz, de reconciliación y la búsqueda de soluciones negociadas a los mismos. Llena de esperanza ver que algunos de los intentos realizados se deben a la buena voluntad de tantas personas diferentes que se empeñan de modo activo y eficaz en favor de la paz. Pienso en los esfuerzos realizados en los últimos dos años para un nuevo acercamiento entre Cuba y los Estados Unidos. También pienso en el esfuerzo llevado a cabo con tenacidad, a pesar de las dificultades, para terminar con años de conflicto en Colombia.

Este planteamiento busca fomentar la confianza mutua, mantener caminos de diálogo y hacer hincapié en la necesidad de gestos valientes, que son muy urgentes también en la vecina Venezuela, donde las consecuencias de la crisis política, social y económica, están pesando desde hace tiempo sobre la población civil; o en otras partes del mundo, empezando por Oriente Medio, no sólo para poner fin al conflicto sirio, sino también para promover una sociedad plenamente reconciliada en Irak y en Yemen. La Santa Sede renueva también su urgente llamamiento para que se reanude el diálogo entre israelíes y palestinos, para que se alcance una solución estable y duradera que garantice la convivencia pacífica de dos Estados dentro de fronteras reconocidas internacionalmente. Ningún conflicto ha de convertirse en un hábito del que parece que nadie se puede librar. Israelíes y palestinos necesitan la paz. Todo el Oriente Medio necesita con urgencia la paz.

También espero que se cumplan plenamente los acuerdos destinados a restablecer la paz en Libia, donde es más urgente que nunca sanar las divisiones de los últimos años. Del mismo modo, animo todos los esfuerzos que en ámbito local e internacional estén destinados a restaurar la convivencia civil en Sudán y en Sudán del Sur, en la República Centroafricana, atormentados por continuos enfrentamientos armados, masacres y devastaciones, así como en otras naciones del Continente marcadas por tensiones e inestabilidad política y social. En particular, espero que el reciente acuerdo firmado

en la República Democrática del Congo contribuya a hacer que los que tienen responsabilidades políticas se esfuercen diligentemente para promover la reconciliación y el diálogo entre todos los miembros de la sociedad civil. Mi pensamiento se dirige también a Myanmar, de modo que se promueva una convivencia pacífica y, con la ayuda de la comunidad internacional, no se deje de atender a aquellos que están en grave y urgente necesidad.

También en Europa, donde no faltan las tensiones, la disponibilidad al diálogo es la única manera de garantizar la seguridad y el desarrollo del Continente. Por tanto, celebro las iniciativas destinadas a promover el proceso de reunificación de Chipre, que hoy precisamente ve una reanudación de las negociaciones, mientras espero que en Ucrania se sigan buscando con determinación soluciones viables para la plena aplicación de los compromisos asumidos por las partes y, sobre todo, para que se le dé una pronta respuesta a una situación humanitaria que sigue siendo grave. Toda Europa está atravesando un momento decisivo de su historia, en el que está llamada a redescubrir su propia identidad. Para ello es necesario volver a descubrir sus raíces con el fin de plasmar su propio futuro. Frente a las fuerzas disgregadoras, es más urgente que nunca actualizar la «idea de Europa» para dar a luz un nuevo humanismo basado en la capacidad de integrar, de dialogar y de generar,¹⁹ que han hecho grande al así llamado Viejo Continente. El proceso de unificación europea, que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido y sigue siendo una oportunidad única para la estabilidad, la paz y la solidaridad entre los pueblos. Aquí sólo puedo reiterar el interés y la preocupación de la Santa Sede por Europa y su futuro, consciente de que los valores que han animado y fundado este proyecto, del que este año se cumple el sexagésimo aniversario, son comunes a todo el Continente y se extienden más allá de la misma Unión Europea.

Excelencias, señoras y señores.

Construir la paz

significa también trabajar activamente para el cuidado de la Creación. El Acuerdo de París sobre el clima, que ha entrado recientemente en vigor, es un signo importante de nuestro compromiso común por dejar a los que vengan después de nosotros un mundo hermoso y habitable. Espero que los esfuerzos realizados en los últimos tiempos para abordar el cambio climático cuenten con una cooperación más amplia por parte de todos, ya que la Tierra es nuestra casa común, y es necesario tener en cuenta que las decisiones de cada uno repercuten sobre la vida de todos.

Sin embargo, es evidente también que hay fenómenos que sobrepasan la capacidad de la acción humana. Me refiero a los numerosos terremotos que han golpeado a algunas regiones del mundo. Pienso sobre todo en los que se produjeron en Ecuador, Italia e Indonesia, que han provocado numerosas muertes y donde todavía muchas personas viven en condiciones muy precarias. Pude visitar personalmente algunas zonas afectadas por el terremoto en el centro de Italia, donde he comprobado las heridas que el terremoto ha causado en una tierra rica en arte y cultura, he podido compartir el dolor de tanta gente, junto con su valor y determinación para reconstruir todo lo que se ha destruido. Espero que la solidaridad que ha unido al querido pueblo italiano en las horas siguientes al terremoto, siga animando a toda la Nación, especialmente en estos delicados momentos de su historia. La Santa Sede e



Italia están particularmente ligadas por obvias razones históricas, culturales y geográficas. Ese vínculo se ha apreciado con claridad en el año jubilar y agradezco a todas las Autoridades italianas por su ayuda en la organización de este evento, también para garantizar la seguridad de los peregrinos que llegaron de todo el mundo.

Estimados Embajadores.

La paz es un don, un desafío y un compromiso. Un don porque brota del corazón de Dios; un desafío, porque es un bien que no se da nunca por descontado y debe ser conquistado continuamente; un compromiso, ya que requiere el trabajo apasionado de toda persona de buena voluntad para buscarla y construirla. No existe, por tanto, la verdadera paz si no se parte de una visión del hombre que sepa promover su desarrollo integral, teniendo en cuenta su dignidad trascendente, ya que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz»,²⁰ como recordaba el beato Pablo VI. Por tanto, este es mi deseo para el próximo año: que crezcan en nuestros países y sus pueblos las oportunidades para trabajar juntos y construir una paz verdadera. Por su parte, la Santa Sede, y en particular la Secretaría de Estado, estarán siempre dispuestas a cooperar con todos los que trabajan para poner fin a los conflictos abiertos y para dar apoyo y esperanza a las poblaciones que sufren.

En la liturgia pronunciamos el saludo «la paz esté con vosotros». Con esta expresión, prenda de abundantes bendiciones divinas, les renuevo a ustedes, distinguidos miembros del cuerpo diplomático, a sus familias, a los países que representan, mis mejores deseos para el Año Nuevo.

Gracias.

¹ Benedicto XV, *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes*, 1 agosto 1917: AAS IX (1917), 423.

² Pablo VI, *Mensaje para la celebración de la I Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 1968.

³ Concilio Ecuuménico Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes (GS)*, 7 diciembre 1965, 78.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ *Discurso en la Jornada Mundial de Oración por la Paz*, Asís, 20 septiembre 2016.

⁸ *GS*, 78.

⁹ *Cf. Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, 83.

¹¹ *Cf. Sal 85, 11 e Is 32, 17.*

¹² Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXV Jornada Mundial de la Paz: No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón*, 1 enero 2002.

¹³ *Carta apostólica Misericordia et misera*, 20 noviembre 2016, 18.

¹⁴ *Ibid.*, 20.

¹⁵ Juan XXIII, *Carta encíclica Pacem in terris*, 11 abril 1963, 25.

¹⁶ Pablo VI, *Carta Encíclica Populorum Progressio*, 26 marzo 1967, 83.

¹⁷ *Cf. Carta a los Obispos en la fiesta de los Santos Inocentes*, 28 diciembre 2016.

¹⁸ *N.* 112.

¹⁹ *Cf. Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno*, 6 mayo 2016.

²⁰ Pablo VI, *Populorum Progressio*, 87.



Misa en Santa Marta



El Evangelio en el bolsillo

«Conocer y reconocer a Jesús, adorarle, seguirle»: sólo así el Señor estará verdaderamente «en el centro de nuestra vida». Y para hacer esto existen algunos pequeños gestos al alcance de todos: tener siempre consigo una edición de bolsillo del Evangelio para poderlo leer fácilmente cada día, junto a la oración de breves oraciones de adoración como el Gloria, pero estando bien atentos a no repetir las palabras «como papagallos». Estas son las coordenadas de la «sencillez de la vida cristiana» —efectivamente no se necesita recurrir a «cosas extrañas o difíciles»— que el Pontífice volvió a proponer en la misa celebrada el lunes por la mañana, 9 de enero, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El tiempo litúrgico que acabamos de vivir, hizo notar enseguida el Papa, «tenía en el centro la espera de Jesús y después la llegada de Jesús: el nacimiento y los misterios del nacimiento hasta el bautismo». Así «hoy comienza un nuevo tiempo litúrgico —explicó— y la Iglesia nos hace ver en el centro de este inicio también a Jesús». Entonces «el centro de la liturgia de hoy es Jesús: Jesús como la primera y última palabra del Padre». Efectivamente «Dios, que muchas veces y en diversos modos en los tiempos antiguos había hablado a los padres por medio de los profetas, últimamente, durante estos días, nos ha hablado a nosotros por medio del Hijo que ha establecido heredero de todas las cosas y mediante el cual ha hecho también el mundo: Jesús el Hijo, el Salvador, el Señor, Él es el Señor del universo».

«Ha sido un largo camino para que llegase este momento de la manifestación de Jesús que hemos celebrado durante el tiempo de la Navidad» afirmó el Pontífice. Pero, añadió, «sigue siendo el centro de la vida cristiana: Jesucristo, Hijo del Padre, Salvador del mundo. No hay otro, es el único». Y «es esto el centro de nuestra vida: Jesucristo que se manifiesta, se hace ver, y nosotros estamos invitados a conocerle, a reconocerle en la vida, en las muchas circunstancias de la vida».

He aquí la cuestión: «Reconocer a Jesús, conocer a Jesús». Y si es un bien conocer «la vida de ese santo, de esa santa o incluso las apariciones de allí y de allá», no hay que perder nunca de vista el hecho de que «el centro es Jesucristo: sin Jesucristo no hay santos». Claro, precisó Fran-

cisco, «los santos son los santos, son grandes», son «importantes», pero «las apariciones no son todas verdaderas».

Desde esta perspectiva, sugirió el Papa, es oportuno plantearse una «pregunta: ¿El centro de mi vida es Jesucristo? ¿Cuál es mi relación con Jesucristo?». Francisco hizo notar que al inicio de la celebración, durante el rezo de la oración colecta, «hemos pedido la gracia de ver, la gracia de conocer qué hacer y la gracia de tener la fuerza para hacerlo». Pero «la primera cosa que debemos hacer es mirar a Jesucristo». Y «hay tres cosas, digamos tres tareas, para asegurarnos de que Jesús está en el centro de nuestra vida».

«Antes de nada —explicó el Papa— reconocer a Jesús, conocer y reconocerle. En su tiempo, el apóstol Juan, al inicio de su Evangelio, dice que muchos no le reconocieron: los doctores de la ley, los sumos sacerdotes, los escribas, los saduceos, algunos fariseos». Es más, «le persiguieron, le mataron». Es decir, «la primera actitud es conocer y reconocer a Jesús; buscar cómo era Jesús: ¿a mí me interesa esto?». Se trata, afirmó Francisco, de «una pregunta que todos nosotros debemos hacernos: ¿a mí me interesa conocer a Jesús o quizás interesa más la telenovela o las charlas o las ambiciones o conocer la vida de los demás?».

En fin, se debe «conocer a Jesús para poderle reconocer». Y «para conocer a Jesús está la oración, el Espíritu Santo, sí»; pero un buen sistema es «tomar el Evangelio todos los días». Tanto que el Papa declaró tener «ganas de preguntar: ¿Cuántos de vosotros toman el Evangelio cada día y leen un pasaje? Y deciros levantad la mano: pero no lo haré, ¡estad tranquilos!». Es importante, dijo, llevar siempre consigo una copia del Evangelio, quizás «el de bolsillo, que es pequeño, para llevarlo en el bolsillo, en el bolso, siempre conmigo». Se narra, prosiguió el Pontífice, que «santa Cecilia tenía el Evangelio cerca de su corazón: ¡cerca, cerca!». Y así, teniéndolo siempre al alcance de la mano, se puede «leer todos los días un pasaje del Evangelio: es el único modo de conocer a Jesús», de saber «qué ha hecho, qué ha dicho».

Es fundamental, prosiguió el Papa, «leer la historia de Jesús, sí, el Evangelio es la historia de Jesús, la vida de Jesús, es Jesús mismo, es el Espíritu Santo que nos hace ver a Jesús ahí». Por esta razón Francisco quiso renovar su consejo: «Por favor, haced esto: todos los días un pasaje del Evangelio, pequeño, tres minutos,

cuatro, cinco». Precisamente leyendo el Evangelio se entiende; «Y esto trabaja por dentro: es el Espíritu Santo quien hace el trabajo después. Esto es la semilla. Quien hace germinar y crecer la semilla es el Espíritu Santo».

Si la primera es la de «reconocer a Jesús, conocer a Jesús», la segunda tarea sugerida por el Papa se encuentra propuesta también en la «liturgia, al inicio, antes de la oración colecta, y después en el Salmo: ¡adorar a Jesús, es Dios!». Es necesario «adorar a Jesús» afirmó el Papa, añadiendo: «En el salmo hemos rogado: «Adoremos al Señor junto a sus ángeles» (Salmo 96). Y si «los ángeles le adoran» de verdad, está bien preguntarse «si le adoramos nosotros también». La mayor parte de las veces, dijo Francisco, nosotros rezamos a Jesús para pedirle algo o darle las gracias por algo. Y «todo esto está bien», pero la verdadera pregunta es si nosotros adoramos a Jesús.

«Pensemos en dos modos de adorar a Jesús» propuso enseguida Francisco. Está «la oración de adoración en silencio: «Tú eres Dios, tú eres el hijo de Dios, yo te adoro». Esto es «adorar a Jesús». Pero luego también debemos «quitar de nuestro corazón las otras cosas que «adoramos», que nos interesan más». Debe estar «sólo Dios, las otras cosas sirven si están dirigidas a Dios, sirven si yo soy capaz de adorar sólo a Dios». Por eso debemos «adorar a Dios, adorar a Jesús, conocer a Jesús con el Evangelio, adorar a Jesús».

A este propósito el Papa no dejó de ofrecer otra sugerencia práctica: «Hay una pequeña oración que nosotros rezamos, el Gloria —«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»— pero muchas veces la decimos mecánicamente como papagallos». Sin embargo «esta oración es adoración, gloria: yo adoro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». He ahí, entonces, la sugerencia del Papa de «adorar, con pequeñas oraciones, con el silencio ante la grandeza de Dios, adorar a Jesús y decir: Tú eres el único, tú eres el principio y el final y contigo quiero permanecer toda la vida, toda la eternidad. Tú eres el único». Y así también «alejear las cosas que me impiden adorar a Jesús».

«La tercera tarea que os sugiero para tener a Jesús en el centro de nuestra vida —prosiguió el Pontífice refiriéndose al pasaje de Marcos (1, 14-20)— es el que nos dice el Evangelio de hoy: seguir a Jesús». Cuando el Señor «ve a Pedro y a Andrés que trabajaban, eran pescadores, les dice: «venid detrás de mí». Debemos «seguir a Jesús, las cosas que Él nos ha enseñado, las cosas que nosotros encontramos todos los días cuando leemos ese fragmento del Evangelio». Y preguntar: «Señor ¿Qué quieres que haga? Indícame el camino».

Para concluir, Francisco repitió que lo esencial es tener siempre a «Jesús en el centro». Y «esto significa conocer, reconocer a Jesús, adorar y seguir a Jesús: es mucho más simple la vida cristiana, pero necesitamos la gracia del Espíritu Santo para que despierte en nosotros esas ganas de conocer a Jesús, adorar a Jesús y seguir a Jesús». Precisamente por esto, subrayó, «hemos pedido al Señor, al inicio de la oración colecta, conocer qué debemos hacer y tener la fuerza de hacerlo». Y, ha deseado, «en la sencillez de cada día —porque cada día para ser cristianos no son necesarias cosas extrañas, cosas difíciles, cosas superfluas, no, es simple— que el Señor nos dé la gracia de conocer a Jesús, de adorar a Jesús y de seguir a Jesús».



El posadero asombrado

¿Por qué Jesús enseñaba con una autoridad que «asombraba» y conquistaba, y en cambio los escribas y doctores de la ley sólo podían imponer leyes pero «no entraban en el corazón del pueblo»? La meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el martes 10 de enero fue enteramente dirigida a relevar las diferencias entre la autoridad real de uno y la «autoridad formal» de los demás. Una comparación elocuente, que lleva a reflexionar sobre el riesgo de que todos los que están llamados a «enseñar la verdad» puedan caer en la tentación del «clericalismo» en lugar de seguir la senda de la «cercanía a la gente».

El Pontífice se inspiró en una palabra tomada del Evangelio del día (Marcos, 1, 21-28) en el cual se dice que la gente estaba asombrada. ¿Por qué, se preguntó, este «estupor»? «Por el modo en el cual Jesús enseñaba» respondió, añadiendo que Él «les enseñaba como alguien que tiene autoridad y no como los escribas, es decir, los doctores de la ley». Toda esa gente, efectivamente, enseñaba, «pero no entraba en el corazón del pueblo» y por eso no tenía «autoridad».

La autoridad, precisó el Papa, es un tema recurrente en el Evangelio. En particular, la de Jesús se vuelve a encontrar «puesta en cuestión, muchas veces» precisamente por los doctores de la ley, por los fariseos, por los sacerdotes y por los escribas: «Pero ¿Con qué autoridad haces esto? ¡Dinos! ¡Tú no tienes autoridad para hacer esto! ¡Nosotros tenemos la autoridad!». En el fondo de la cuestión, explicó Francisco, está «el problema de la autoridad formal y de la autoridad real». Mientras escribas y fariseos «tenían autoridad formal», Jesús «tenía una autoridad real». Pero, añadió, «no porque fuese un seductor». Efectivamente, si es verdad que Jesús llevaba una «enseñanza nueva», es también verdad que «Jesús mismo dijo que Él enseñaba la ley hasta el último punto». La novedad respecto a los doctores de la ley era que «Jesús enseñaba la verdad, pero con autoridad».

Llegados a este punto, es importante entender «dónde está la diferencia de esta autoridad». El Papa intentó aclararlo explicando las características. Antes de nada —dijo— la autoridad de Jesús era una



Homilias del Pontífice

autoridad humilde: Jesús enseñaba con humildad». La suya era una dimensión de «servicio», tanto es así que Él «aconseja lo mismo a sus discípulos: “Los jefes de las naciones las oprimen, pero que entre vosotros no sea así. Que el más grande sea como el que sirve: se haga el más pequeño; y ese será el grande”». Jesús, entonces «servía a la gente, explicaba las cosas para que la gente entendiese bien: estaba al servicio de la gente. Tenía una actitud de servidor, y esto daba autoridad». Por el contrario, los doctores de la ley, «tenían una psicología de príncipes». Y pensaban: «nosotros somos los maestros, los príncipes, y nosotros os enseñamos a vosotros. No servicio: nosotros mandamos, vosotros obedecéis». Por eso, aunque la gente escuchaba y respetaba, «no sentía que tuviesen autoridad sobre ellos». Jesús, en cambio, «nunca se hizo pasar por un príncipe: siempre era el servidor de todos y esto es lo que le daba la autoridad».

Una segunda «actitud de la autoridad de Jesús», añadió el Papa, «era la cercanía». Lo cual se lee en el Evangelio: «Jesús estaba cerca de la gente, estaba en medio de la gente» y la misma gente, «no le dejaba que se fuera». El Señor «no tenía alergia a la gente: tocar a los leprosos, los enfermos no le daban repulsión». Y este «ser cercano a la gente», subrayó Francisco, «da autoridad».

La comparación con los doctores, escribas y sacerdotes es evidente: estos «se alejaban de la gente, en su corazón despreciaban a la gente, la pobre gente, ignorante», amaban distinguirse, paseando «en las plazas bien vestidos, con la túnica de lujo». Ellos, explicó el Pontífice, tenían una psicología clerical: enseñaban con una autoridad clerical. Jesús en cambio estaba «cerquísima de la gente» y eso le daba autoridad.

Respecto a ello, el Papa recordó la cercanía a las personas «que tenía el beato Pablo VI». Un ejemplo, dijo, se puede encontrar «en el número 48 de la *Evangelii munitandi*», donde se reconoce «el corazón del pastor cercano: está allí la autoridad de ese Papa, la cercanía».

Retomando el hilo del discurso, Francisco resumió las características de la autoridad de Jesús y recordó que ante todo «el jefe es el que sirve». A propósito explicó que Jesús «da la vuelta a todo, como un iceberg. Del iceberg se ve la punta; sin embargo Jesús da la vuelta y el pueblo está arriba y Él que comanda está debajo y desde abajo comanda». En segundo lugar está la «cercanía». Y por último hay una «tercera diferencia» respecto a los

doctores de la ley: la «coherencia». Jesús, subrayó el Papa, «era coherente, vivía lo que predicaba. Había como una unidad, una armonía entre lo que pensaba, sentía, hacía». Algo que no se encontraba en la actitud de escribas y fariseos: «Su personalidad estaba dividida hasta tal punto que Jesús aconseja a sus discípulos: “Haced lo que os dicen, pero no lo que hacen”. Decían una cosa y hacían otra». Jesús a menudo les define hipócritas. Y «uno que se siente príncipe, que tiene una actitud clerical, que es un hipócrita, no tiene autoridad. Dirá las verdades, pero sin autoridad. En cambio Jesús, que es humilde, que está al servicio, que es cercano, que no desprecia a la gente y que es coherente, tiene autoridad». Y es esta, añadió el Pontífice refiriéndose también a nuestros días, «la autoridad que siente el pueblo de Dios».

Una autoridad que asombra y conquista. Para hacer entender bien este concepto, el Papa, para concluir la homilía, recordó también la parábola del buen samaritano, que es «figura de Jesús», y resumió brevemente en conocido pasaje evangélico. «Está ese hombre ahí, golpeado, apaleado, dejado medio muerto en la calle por los brigantes». Y cuando pasa el sacerdote, «da un rodeo porque hay sangre y piensa: “La ley dice que si yo toco la sangre permanezco impuro... no, no, me voy”». Cuando después de él pasa el levita, probablemente piensa: «Si yo me mezclo en esto, mañana tendré que ir al tribunal, atestiguar, y mañana tengo muchas cosas, debo... no, no, no...». Y se va.

Después llega el samaritano, «un pecador, de un pueblo distinto», el cual sin embargo «tiene piedad de este hombre y hace todo lo que nosotros sabemos». Pero, añadió Francisco, en la parábola «hay un cuarto personaje: el posadero», que «de aquí la unión con la entera meditación del Pontífice— se quedó asombrado; asombrado no tanto por las heridas de ese pobre hombre, porque él sabía que por ese camino, por esa vía había brigantes; y no por la actitud del sacerdote y del levita, «porque les conocía y sabía cómo era su modo de proceder». El posadero está «asombrado por ese samaritano» del cual no entendía la elección. Quizás pensaba: «Pero, ¿jeste está loco! ¡Pero si además es extranjero, no es judío, es un pecador... pero este está loco, yo no lo entiendo!»

«Este —concluyó el Papa— es el asombro: el mismo «asombro de la gente» ante Jesús, «porque su autoridad era una autoridad humilde, de servicio, era una autoridad cercana a la gente y era una autoridad coherente».



Contra las falsas esperanzas que ofrece el mundo

Fabricantes de ídolos

El Papa Francisco, en la audiencia general del miércoles 11 continuó con el ciclo de catequisis sobre la esperanza cristiana. Reunidos en el Aula Pablo VI, miles de fieles le esperaban con ilusión y alegría. La meditación de esta semana estuvo centrada en el Salmo 115 sobre «las falsas esperanzas en los ídolos»

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En el pasado mes de diciembre y en la primera parte de enero hemos celebrado el tiempo de Adviento y después el de Navidad: un periodo del año litúrgico que despierta en el pueblo de Dios la esperanza. Esperar es una necesidad primaria del hombre: esperar en el futuro, creer en la vida, el llamado «pensar positivo».

Pero es importante que tal esperanza sea puesta de nuevo en lo que verdaderamente puede ayudar a vivir y a dar sentido a nuestra existencia. Es por esto que la Sagrada Escritura nos pone en guardia contra las falsas esperanzas que el mundo nos presenta, desenmas-carando su inutilidad y mostrando la insensatez. Y lo hace de varias formas, pero sobre todo denunciando la falsedad de los ídolos en los que el hombre está continuamente tentado de poner su confianza, haciéndoles el objeto de su esperanza.

En particular, los profetas y sabios insisten en esto, tocando un punto focal del camino de fe del creyente. Porque fe es fiarse de Dios —quien tiene fe, se fía de Dios— pero viene el momento en el que, encontrándose con las dificultades de la vida, el hombre experimenta la fragilidad de esa confianza y siente la necesidad de certezas diferentes, de seguridades



mentirosos. Pero a nosotros nos gustan los ídolos, ¡nos gustan mucho! Una vez, en Buenos Aires, tenía que ir de una iglesia a otra, mil metros, más o menos. Y lo hice, caminando. Había un parque en medio, y en el parque había pequeñas mesas, pero muchas, muchas, donde estaban sentados los videntes. Estaba lleno de gente, que también hacía cola. Tú le dabas la mano y él empezaba, pero el discurso era siempre el mismo: hay una mujer en tu vida, hay una sombra que viene, pero todo irá bien... Y después pagabas. ¿Y esto te da seguridad? Es la seguridad de una —permíteme la palabra— de una estupidez. Ir al vidente o a la vidente que leen las cartas: ¡esto es un ídolo! Esto es un ídolo, y cuando nosotros estamos muy apegados: compramos falsas esperanzas. Mientras que de la que es la esperanza de la gratuidad, que nos ha traído Jesucristo, gratuitamente dando la vida por nosotros, de esa a veces no nos fiamos tanto.

Un Salmo lleno de sabiduría nos dibuja de una forma muy sugestiva la falsedad de estos ídolos que el mundo ofrece a nuestra esperanza y a la que los hombres de cada época están tentados de fiarse. Es el Salmo 115, que dice así:

«Plata y oro son sus ídolos, obra de mano de hombre. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen nariz, y no huelen. Tienen manos y no palpan, tienen pies y no caminan; ni un solo susurro en su garganta. Como ellos serán los que los hacen, cuantos en ellos ponen su confianza» (vv. 4-8). El salmista nos presenta, de forma un poco irónica, la realidad absolutamente efímera de estos ídolos. Y tenemos que entender que no se trata solo de representaciones hechas de metal o de otro material, sino también de esas construidas con nuestra mente, cuando nos fiamos de realidades limitadas que transformamos en absolutas, o cuando reducimos a Dios a nuestros esquemas y a nuestras ideas de divinidad; un dios que se nos parece, comprensible, previsible, precisamente como los ídolos de los que habla el Salmo. El hombre, imagen de Dios, se fabrica un dios a su propia imagen, y es también una imagen mal conseguida: no siente, no actúa, y sobre todo no puede hablar. Pero, nosotros estamos más contentos de ir a los ídolos que ir al Señor. Estamos muchas veces más contentos de la efímera esperanza que te da este falso ídolo, que la gran esperanza segura que nos da el Señor.

A la esperanza en un Señor de la vida que con su Palabra ha creado el mundo y conduce

nuestras existencias, se contraponen la confianza en ídolos mudos. Las ideologías con sus afirmaciones de absoluto, las riquezas —y esto es un gran ídolo—, el poder y el éxito, la vanidad, con su ilusión de eternidad y de omnipotencias, valores como la belleza física y la salud, cuando se convierten en ídolos a los que sacrificar cualquier cosa, son todo realidades que confunden la mente y el corazón, y en vez de favorecer la vida conducen a la muerte. Es feo escuchar y duele en el alma eso que una vez, hace años, escuché, en la diócesis de Buenos Aires: una mujer buena, muy guapa, presumía de belleza, comentaba, como si fuera natural: «Eh sí, he tenido que abortar porque mi figura es muy importante». Estos son los ídolos, y te llevan por el camino equivocado y no te dan felicidad.

El mensaje del Salmo es muy claro: si se pone la esperanza en los ídolos, te haces como ellos: imágenes vacías con manos que no tocan, pies que no caminan, bocas que no pueden hablar. No se tiene nada más que decir, se convierte en incapaz de ayudar, cambiar las cosas, incapaces de sonreír, de donarse, incapaces de amar. Y también nosotros, hombres de Iglesia, corremos riesgo cuando nos «mundanizamos». Es necesario permanecer en el mundo pero defenderse de las ilusiones del mundo, que son estos ídolos que he mencionado.

Como prosigue el Salmo, es necesario confiar y esperar en Dios, y Dios donará bendiciones. Así dice el Salmo: «Casa de Israel, confía en el Yahveh [...], casa de Aarón, confía en Yahveh [...], los que teméis a Yahveh, confiad en Yahveh [...] Yahveh se acuerda de nosotros, él bendecirá» (vv. 9,10,11,12). El Señor se acuerda siempre. También en los momentos feos. Él se acuerda de nosotros. Y esta es nuestra esperanza. Y la esperanza no decepciona nunca. Nunca. Nunca. Los ídolos decepcionan siempre: son fantasías, no son realidad. Esta es la estupenda realidad de la esperanza: confiando en el Señor nos hacemos como Él, su bendición nos transforma en sus hijos, que comparten su vida. La esperanza en Dios nos hace entrar, por así decir, en el radio de acción de su recuerdo, de su memoria que nos bendice y nos salva. Y entonces puede brotar el aleluya, la alabanza al Dios vivo y verdadero, que para nosotros ha nacido de María, ha muerto en la cruz y resucitado en la gloria. Y en este Dios nosotros tenemos esperanza, y este Dios —que no es un ídolo— no decepciona nunca.



tangibles, concretas. Yo me fío de Dios, pero la situación es un poco fea y yo necesito de una certeza un poco más concreta. ¡Y allí está el peligro! Y entonces estamos tentados de buscar consuelos también efímeros, que parecen llenar el vacío de la soledad y calmar el cansancio del creer. Y pensamos poder encontrar en la seguridad que puede dar el dinero, en las alianzas con los poderosos, en la mundanidad, en las falsas ideologías. A veces las buscamos en un dios que pueda doblarse a nuestras peticiones y mágicamente intervenir para cambiar la realidad y hacer como nosotros queremos; un ídolo, precisamente, que en cuanto tal no puede hacer nada, impotente y